

con envidia ó con amor, según que tenían hijas ó hijos.

En la misa de difuntos, la señorita Staller lloraba lágrimas verdaderas.

—¿Por qué llora usted?—díjole de pronto una señora que á su lado estaba sentada.

No quería responder á aquella extraña pregunta, que, sin embargo, era menos extraña para ella que para otra.

—Lloro,—murmuró,—porque era mi amiga.

—¿Su amiga de usted! ¡Y es usted quien la ha matado! ¿No sabe usted que salió desesperada de su casa de usted por lo que usted la dijo? Una fiebre violenta se apoderó de ella, que tuvo que acostarse en cuanto llegó á su casa; la vi aquella noche; en vano la pregunté; se encerró en un silencio absoluto. Por la noche, el delirio hizo presa en ella; estaba herida en el corazón, el corazón estalló y la mató. ¿Qué la dijo usted?

La señorita Staller no encontraba una palabra.

—Amaba á mi hermano, la dije que mi hermano no la amaba.

—¡Oh, no! No fué eso. No se muere por no ser amada, se muere cuando se es calumniada.

La señorita Staller dobló el cuello y rezó. ¡Ah, cuánto sentía haber hablado tan francamente!

—¡Infeliz!—murmuró.— ¡Muy desgraciado es mi hermano, puesto que todo cuanto hace sale mal!

Aquella mañana misma, alguien enteró á la señora Staller de que su hijo había perdido mucho en la Bolsa. He aquí por qué, ya apenadísima, no había podido ir á la misa de difuntos de la señorita de Marcy.

Cuando los restos mortales fueron arrancados á la señora de Marcy, la desgraciada madre corrió medio loca á casa de la señora Staller.

—¿Dónde está su hijo de usted?—díjole con voz desesperada.

—¡No me hable usted de mi hijo! ¡Está perdido para mí!

—¡Es un monstruo y es un infame!—exclamó la madre de la difunta.—Puesto que las palabras hieren mortalmente, quisiera herirle por mí misma; pero no me comprendería, porque no tiene corazón.

Las dos madres se desolaron juntas mientras la muerte se llevaba á la hija y tentaba al hijo.

A la hora de los funerales, Gontrán, loco de dolor, cargaba una pistola.

No le quedaba más que un consuelo: hacer el fúnebre viaje con aquella adorable criatura á la que amaba perdidamente desde hacía algunos días.

Pero tres veces apoyó la pistola en la sien y tres veces la dejó sobre la chimenea, espantado de verse tan pálido.

¿Fáltóle valor? ¿Había olvidado abrazar á su madre y á su hermana? ¿Quería despedirse de Lucía?

No. Su objeto era explicarse el misterio de la cena del Café Inglés.

XIX

El abismo rosado

Por espacio de algunos días, Gontrán permaneció encerrado en el hotel. No recibía á un amigo, no se presentaba ante su madre y su hermana sino á la hora de la comida. No almorzaba. Apenas si se hacía subir, por la mañana, una taza de te ó de chocolate.

¿Qué hacía en aquella soledad buscada? Lloraba á la señorita de Marcy.

Se acusaba de su muerte, se golpeaba con fuerza el corazón y se desesperaba de vivir.

—¡Y, sin embargo,—decía,—no fué mi culpa! Puesto que delinquía, pronto ó tarde habría visto su vergüenza y se hubiera sepultado, porque conservaba el corazón.

Y la compadecía. Él que fué indulgente con las mujeres por haber amado á las pecadoras, juzgaba que la señorita de Marcy no era menos interesante habiendo muerto por mirar su pecado frente á frente, que si hubiera sido herida por la calumnia.

—La calumnia no mata,—decía,—porque la conciencia es una coraza impenetrable.

Y Gontrán repetía constantemente:

—Por otra parte, ¿no la ví en el horrible gabinete que lleva el núm. 12?

A veces se decía:

—¿Y si no era ella?

Pero rechazaba esta idea al recordar la escena sorprendida en el Café Inglés.

La conclusión de sus reflexiones todas fué que la señorita de Marcy había tenido un amante á quien no amaba, tal vez por sorpresa, por hacer su fortuna tal vez.

El día que le mirara por vez primera, la joven había sentido todo el horror de su falta. Quizás no hubiera visto á su amante sino para romper con él, tal vez se hubiera consolado en el matrimonio, elevándose á las brillantes esferas de las virtudes de la esposa y de la madre. Pero, una vez descubierto su secreto por Gontrán, ¿qué le restaba? Perdía su amor, veíase enfrente de su vergüenza, se arrojaba extraviada en aquella fiebre y aquel delirio que debían llevársela en pocos días.

Luego, para Gontrán, la señorita de Marcy había muerto porque le amaba y porque había tenido un amante.

Con estas ideas fué muchas veces á soñar sobre su tumba, en el Padre Lachaise, en las alturas que domina el monumento del duque de Morney.

El nombre de la joven aun no aparecía en el mármol. Había sido enterrada junto á su padre, cuyos restos mortales habían sido traídos de Florencia seis meses antes. Muchas veces habíase preguntado á la señora de Marcy qué iba á poner sobre la lápida; y ella buscaba epitafios, pero sin hallar la palabra elocuente.

Un día que Gontrán se había inclinado sobre el sarcófago, la señora de Marcy, que llegó con un ramillete de violetas, le dirigió, al reconocerle, una mirada terrible y le preguntó qué hacía allí.

—Lloro,—dijo Gontrán.

—Le prohibo á usted que se acerque á esta tumba. Puesto que le he cerrado á usted mi puerta, no debe usted venir por aquí. ¿No siente usted que mi hija sufre aún en la tumba á causa de los ultrajes de su calumnia?

Gontrán se alejó involuntariamente, porque no sabía qué responder.

—¡Esto es extraño!—se decía.—¿No sabe nada la madre? ¿No se trataba, pues, de un asunto de dinero? Fué á casa de Lucía, que no le esperaba.

Tuvo que hacer antesala; se sometió á todo, cual si en su pena hubiera perdido lo que le restaba de energía.

—¡Hola, Gontrán!—díjole Lucía, alegre como siempre.—Estaba triste porque no te veía. ¿De dónde vienes? ¿Lloras mis pecados?

—Tal vez,—respondió Gontrán, que no sabía cómo portarse en aquel hotel que había dado á la comedianta.

—Y ¿qué te trae aquí hoy? Supongo que no seré yo.

—Tal vez,—repitió Gontrán.

—¡Arre allá! Por otra parte, no te reconozco. ¿Qué pálido estás! ¿Quieres venir á verme servir de modelo en mi alcoba? Eugenio Deschamps hace mi retrato para el príncipe.

Gontrán suspiró.

—Oye, Lucía: necesito á toda costa ver á aquel extranjero que cenaba en el núm. 12 del Café Inglés.

—¿Por qué?

—Porque quiero saber toda la verdad; porque ya he vivido bastante y porque para mí sería una dicha morir de una estocada.

—¿Qué dices? ¿Estás enfermo?

Lucía cogió la mano de Gontrán y le pulsó.

El joven se estremeció; sintió que su corazón se despertaba. Creía no amar á Lucía; pero el terrible magnetismo en que ella le envolvía como en un hechizo turbábale ya hasta el fondo del alma.

—Oye, no quiero que un hombre á quien he amado acabè mal. Vuelve en tí.

—No,—dijo tristemente Gontrán.

—Pues bien, vuelve á mí. Yo soy grande: te perdono mis pecados.

Y abrazó á su ex amante.

—Ya sabes que es imposible,—añadió el joven.— ¿No estás con el príncipe ***?

—¿Qué importa eso?

La comedianta dijo esta frase característica como la hubiera dicho en el escenario.

—El príncipe es un buen príncipe,—agregó.—No te cortes el resuello ni con él ni con tu otro rival; tanto más cuanto que éste se encontrará ya en Hamburgo, en donde, sin duda, seducirá á otra señorita de calidad. Ha nacido para esas aventuras. ¿Quieres comer conmigo?

Pero, por favor, no volvamos á hablar de esa historia. Me plantaste en extremo indelicadamente, no sé por qué; felizmente para ti, me salió el príncipe; felizmente, porque de lo contrario no te hubiera dejado en paz. ¿Dónde diablos pasaste el tiempo? Porque, si mal no recuerdo, te he escrito y me ha sido devuelta mi carta.

Gontrán vió bien que Lucía estaba ignorante de la muerte de la señorita de Marcy; no habló más del asunto, como si hubiera temido profanar á la infeliz.

Se decidió á comer con Lucía.

—Pero ¿y si viene el príncipe?

—El príncipe estará en mi casa, pero tú estarás en la tuya.

La comedianta pensaba, como mujer de cabeza que era siempre, que si el príncipe aparecía y se quejaba al ver allí á Gontrán, sería éste un buen encuentro para ella, porque le diría:

—Querido príncipe, no seré completamente libre y feliz si usted no me compra otro hotel; tanto más cuanto que éste no es digno de usted.

Y así conseguiría tener un hotel en la principal avenida de los Campos Elíseos, que es el ideal de las ambiciosas de hoy.

Por la noche, Gontrán no volvió á su casa. Ni al otro día. Ni dos después.

¿En dónde estaba?

Llena de inquietud, la señora Staller se atrevió á enviar al hotel de la calle de Courcelles. Gontrán no se hallaba allí. Envió á casa de uno de sus amigos, Raúl de Oraie, el único á quien había vuelto á ver en los últimos tiempos; no le habría contado sus secretos; mas ¿no podía Raúl haberlos adivinado? Éste, que fué á constatar en persona á la señora Staller, entristeciése como ella por la decadencia de su hijo. Queriendo ocultarle

el profundo mal que á Gontrán minaba, no la disimuló que pasaba casi todas las noches en la Casa de Oro.

¡Ya no tenía derecho á acostarse en el hotel de Lucía!

He aquí por qué Gontrán recibió una carta de su madre con este sobre:

Señor Gontrán Staller.

En la Casa de Oro.

No era Gontrán el único á quien entonces se hubiera podido escribir así. Es muy conocida esa existencia imposible. Comienza por la noche. Se fuma, se divaga, se juega. Dan las doce; es la hora á que van las señoritas; se fuma, se divaga, se juega. Olvidaba algo: se cena. Se toca á todo con labio escéptico. El champán, las frases femeniles y las carcajadas esparcen una alegría ficticia sobre todos aquellos corazones enfermos. Amanece: puesto que el sol aparece, menester es ocultarse. Y se toma la primera mujer que se encuentra para no acostarse solo.

Hablo de los que, como Gontrán, tienen un amor que les persigue, una pelea que les debilita, un remordimiento que les roe. Se levantan á eso de las dos, van al círculo, juegan, miran jugar cuando no tienen dinero. Comen aquí y allá, pero siempre se encuentran en la Casa de Oro, si no en el Café Inglés.

Gontrán había llegado á abandonarse á todas las corrientes; había arrojado al agua la conciencia para aligerar el navío. Vivía con ésta y con aquélla, de ésta y de aquélla, hubiérase podido decir casi; se sabía que había sido rico, se creía que volvería á serlo. Hay mujeres que, como los usureros, prestan amor con un interés

crecido; las hay que tan bien se estiman, que no creen dar nada al darse; todo es pasar una noche más en el presidio de las malas pasiones condenadas á perpetuidad.

El joven Staller, que había jurado á su madre no volver á ver á Lucía, no se había atrevido á regresar á su casa después de dejarse coger otra vez en los maleficios de aquella encantadora. Vivía al día, no cuidándose de su dignidad, porque ya no se cuidaba del mañana. Se decía que no le quedaba más que un amigo: su pistola. Para él era indudable que tendría que recurrir á este último amigo.

Pero si él no se lo confesaba, es menester que el que cuenta su historia lo confiese. Estaba más que nunca enamorado de Lucía; en vano se defendía de su memoria: hiciera lo que hiciera, siempre estaba en ella presente. Si abría un periódico, en él encontraba sus actos y sus gestos; si oía hablar en torno suyo, hablábase de la comedianta. Por la noche, entre nueve y diez, iba, sin darse cuenta de lo que hacía, á ocupar su butaca de orquesta. Experimentaba una voluptuosidad desgarradora oyendo los aplausos, viendo caer los ramilletes. Lucía era su obra, pero Lucía no era suya. Tal vez hubiera sentido la misma voluptuosidad oyendo silbar en torno de ella.

Los que se indignen al verle tan vil en esta pasión, que no podía vencer, quizás pasarán junto á las pasiones sin atravesarlas. No debe olvidarse que Lucía era hermosa. «Ni alma ni corazón», se dirá. Pero ¡y las obras maestras de arte! Además, si no le había amado, él creía que sí le había querido; en amor, la realidad no es nada todo lo es la ilusión. Y, por otra parte, ¿no era nada haberle inspirado tanto amor? Si su corazón había vivido, ¿no había sido por ella? El verso de Vol-

taire será siempre una verdad en su belleza; quiero citarle aquí:

Yo te lo debo todo, puesto que yo te amo.

Pero ¿cómo Gontrán no había tenido el valor de arrancarse á aquella pasión que sólo vergüenza podía darle? Cuando iba á casa de Lucía, ¿no era como aquellos pobres vergonzosos, aquellos antiguos amigos arruinados á quienes se dan las migajas de los festines del amor? Allí donde fuera amo, ¿cómo se humillaba hasta ser mendigo? Es que el amor es á un tiempo soberano y esclavo: ¡cuántas veces, después de gozar de su triunfo, descende hasta besar las cadenas de su servilismo!

Si á Gontrán le quedaba un poco de orgullo, lo ponía en su adoración á Lucía; estaba conmovido por el rumor que repercutía en torno de ella y que llegaba siempre hasta él; apreciaba en lo que valía aquel estrépito efímero de una comedianta, pero, en fin, se dejaba coger en él como todos.

En aquel tiempo, la fama ponía como por burla sus coronas sobre las cabezas de algunas comediantas y de algunas cortesanas; los generales estaban en segundo lugar, como si las batallas del amor fuesen más heroicas que las victorias sobre el enemigo; no sólo los generales, sino también los políticos, los diplomáticos, los poetas, los artistas. Siempre que en el cielo contemporáneo descubriase una estrella, era la estrella de una gran tormenta. ¿Qué hacer contra aquello? ¿No se produjeron los mismos fenómenos en la antigüedad? ¿Cuántas olimpiadas, en Atenas, no brillan hoy todavía sino por el esplendor de las cortesanas? ¿Cuántos grandes hombres fueron olvidados, cuántos granos de polvo,

mientras la fúnebre lámpara de las Aspasia y de las Frinés continúa ardiendo?

La injusticia y la imperfección del mundo acusan el cielo, el otro mundo.

Gontrán cayó, pues, no diré en todas las embriagueces, pero sí en todas las angustias de su amor.

Lucía consentía en verle aquí y allá. Pero una noche, entre bastidores, le dijo:

—No vuelvas por mi casa; el príncipe tiene celos.

—¡Y yo también!—dijo Gontrán, queriendo elevarse á la altura de su rival.

Lucía se echó á reír, una risa diabólica.

—¡Ah! ¿Tienes celos?—le dijo.—Pues ya os parecéis. Pero ese príncipe me da ocho mil francos mensuales, y tú no me das nada; he ahí la diferencia que hay entre él y tú.

XX

La decadencia del amor

Gontrán fué todavía más desgraciado. Buscó en los amores consuelo contra el amor. Pero no encontró sino amargura y desespero.

Si Lucía le hubiese visto, vagando en torno de su hotel después de una noche sin sueño, esperando la hora á que iba á los ensayos, sin duda le hubiera hecho la limosna de su sonrisa, por cruel que fuera; mas como siempre salía de casa con retraso, en vez de mirar á otra parte iba con los ojos clavados en su papel. Gontrán, por otra parte, no se mostraba mucho.